

ACTUALIDADES

SEMANARIO ILUSTRADO

NUM 9

MADRID 16 DE ABRIL DE 1908

AÑO 1



LA SEMANA SANTA EN SEVILLA

IMAGEN DE JESÚS NAZARENO, VALIOSA TALIA DE MONTAÑÉS QUE FIGURA EN LA PROCESION DE ESTOS DÍAS

Fot. Barrera.



MADRID. EN LA GRANJA AGRÍCOLA DE LA MONCLOA. S. M. EL REY PRESENCIANDO LOS ENSAYOS DE UN NUEVO MOLINO PARA ACEITE

Fot. Goni

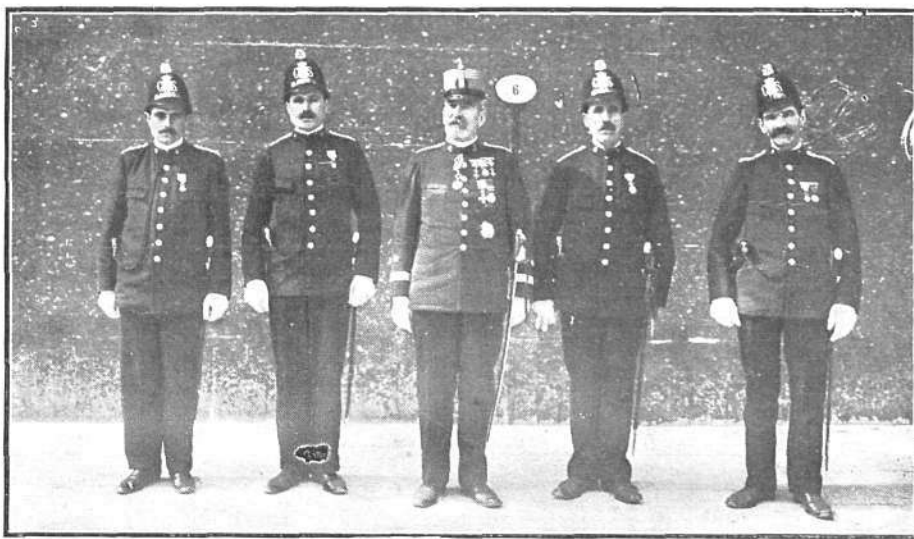
PRUEBAS DE UN NUEVO MOLINO DE ACEITE

JN GUARDIA CONDECORADO

No pocas veces ha manifestado Su Majestad el Rey el interés que le inspiran los progresos de la agricultura en España. Con sus actos, con su presencia y con sus donativos contribuye a enaltecer todo cuanto en bien de tal orden de la actividad nacional se intenta o se realiza, y una vez más lo ha hecho asistiendo a los ensayos de un molino para aceite, verificados la semana última en la Escuela de la Moncloa. Acompañáronle en la visita el presidente del Consejo y el ministro de Fomento.

El Monarca se enteró del mecanismo del nuevo molino y de las ventajas que ofrece sobre los demás sistemas conocidos, oyendo de labios del propio innovador del aparato minuciosas explicaciones, y poniendo de manifiesto sus conocimientos de mecánica y de agricultura.

A la regia visita y a las pruebas asistieron los alumnos de la Escuela de Agricultura.



MADRID. CAPITÁN Y GUARDIAS DE SEGURIDAD CONDECORADOS CON LA CRUZ DE BENEFICENCIA

El acto heroico del guardia de Seguridad Raimundo García Navarro, que, con riesgo de su vida, salvó la de una niña de dos años, que estaba a punto de caerse del balcón de un segundo piso, fué solemnemente premiado con la cruz de Beneficencia, que le impuso el ministro de la Gobernación la semana última ante los jefes y compañeros del benemérito guardia. Satisfactorio es poder consignar que no se trata de un hecho aislado y que en el Cuerpo de Seguridad son varios los que poseen la honrosa condecoración.

Asistieron al acto de imposición, además del ministro Sr. La Cierva, el gobernador civil, marqués del Vadiello; el coronel del Cuerpo de Seguridad, Sr. Elías; jefes y oficiales del mismo Cuerpo, y 200 guardias que formaron a lo largo de la cancha.

Al prender la cruz en la guerrera de García Navarro, pronunció el ministro de la Gobernación un elocuente discurso.



MADRID. EN EL FRONTÓN DE JAI-ALAI. E MINISTRO DE LA GOBERNACIÓN IMPONIENDO AL GUARDIA GARCIA NAVARRO LAS INSIGNIAS DE LA ORDEN DE BENEFICENCIA

Fots. Cituantes



JOAQUÍN NAVARRO «QUINITO» Fot. Castillo



RICARDO TORRES «BOMBITA»



ANTONIO DE DIOS «CONEJITO» Fot. Noguera



RAFAEL MOLINA «LAGARTIJO»



RAFAEL GONZÁLEZ «MACHAQUITO» Fot. Molina



RAFAEL GÓMEZ «GALLITO» Fot. Beauchy



VICENTE PASTOR Fot. Carrascosa

EL CARTEL DE ABONO

Reproducimos en esta plana los retratos de los matadores de toros que han sido contratados por la Empresa de la plaza de Madrid para torear en la primera temporada de este año, próxima á inaugurarse oficialmente, aun cuando en realidad ya lo haya sido por las corridas celebradas. Estas anomalías á nadie puede extrañar que ocurran en una plaza donde ha llegado á celebrarse una segunda corrida antes que la primera correspondiente.



MANUEL RODRÍGUEZ «MANOLETE»



MANUEL TORRES «BOMBITA CHICO» Fot. Beauchy



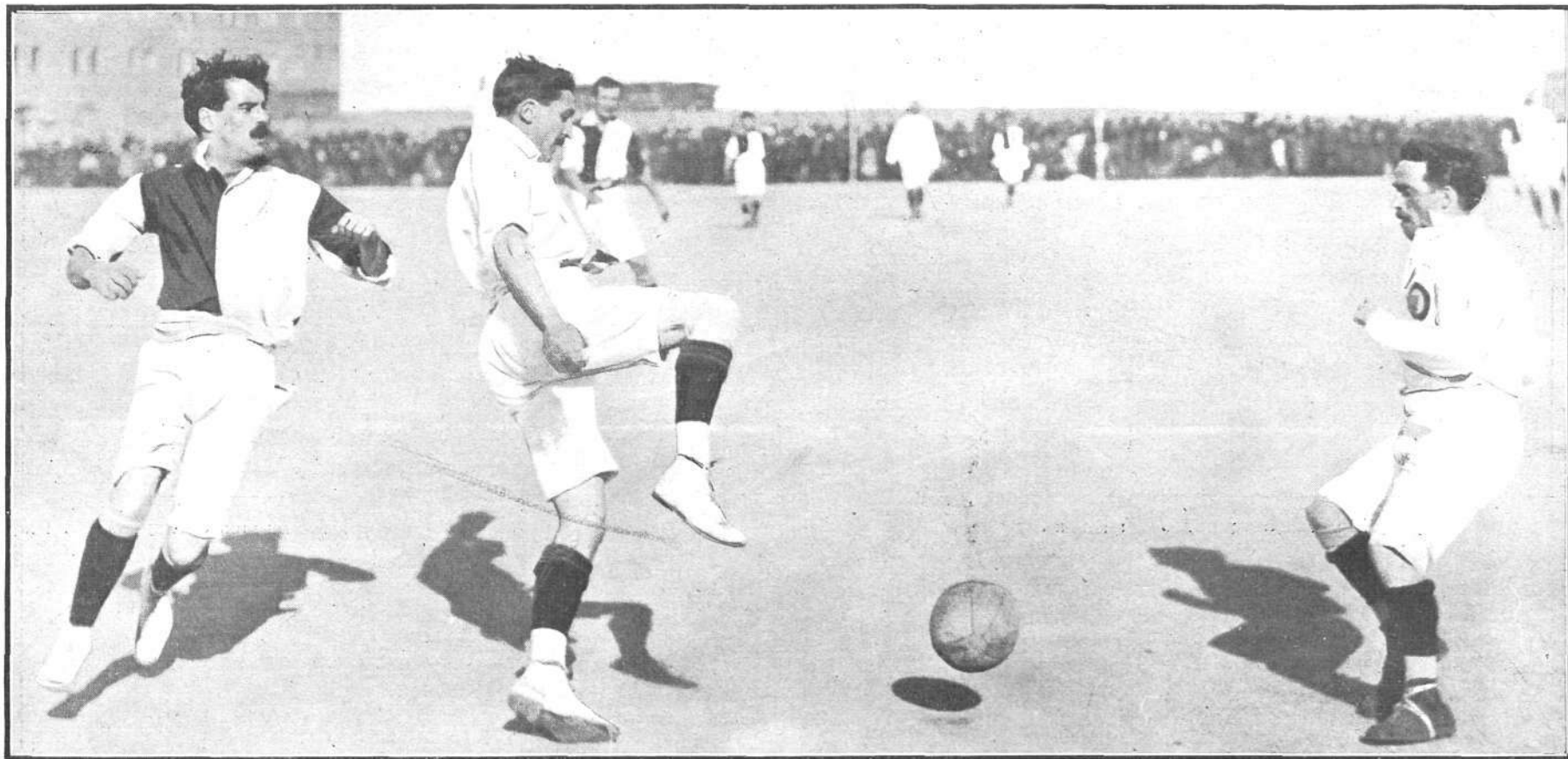
JULIO GÓMEZ «RELAMPAGUITO»



FRANCISCO MARTÍN VÁZQUEZ Fot. Herrera



ANTONIO MORENO



PARTIDO DEFINITIVO PARA EL CAMPEONATO DE «FOOT-BALL» JUGADO POR LOS EQUIPOS GIMNASIO DE VIGO Y MADRID F. C., QUE RESULTÓ VENCEDOR. Fot. Goñi.



SALIDA DE LOS CORREDORES QUE TOMARON PARTE EN EL CAMPEONATO DE CARRERAS Á PIE

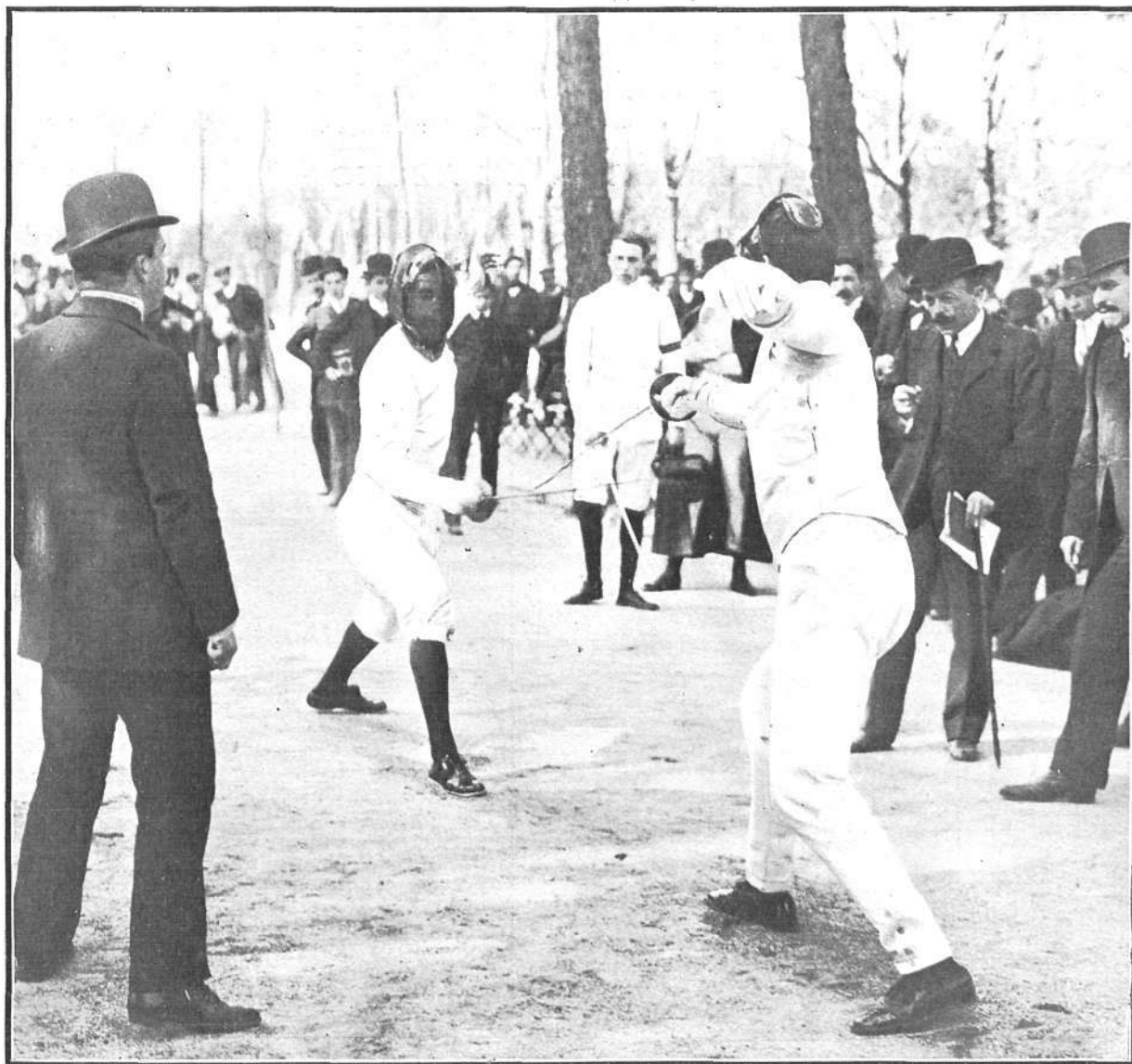
Fot. Alba

MADRID. LA ACTUALIDAD DEPORTIVA

Los partidos eliminatorios para el campeonato de España de *foot-ball* en el año corriente, habían despertado extraordinario interés, que naturalmente se multiplicó para el partido definitivo jugado el domingo último por los Clubs Madrid F. C. y Gimnasio de Vigo. La expectación era tan extraordinaria que á pesar de lo desapacible del día, hubo en el campo del Madrid, donde se verificó la lucha, más de 4.000 personas, que aguantaron á pie firme las inclemencias del tiempo, por no perder jugada alguna.

Ya el año pasado en que concurrieron equipos de Huelva, Salamanca, Bilbao, Madrid y Vigo, se distinguió este último notablemente é influyó en el resultado final del campeonato, uno de cuyos premios ganó en buena lid. Este año, el Gimnasio de Vigo presentó un *team* más fuerte todavía que el del año anterior, y luchó tan bravamente que en el primer *half time* sólo un *goal* pudo apuntarse su competidor, y esto cuando estaba á punto de darse la señal para el descanso. Venció el Madrid F. C., que por cuarta vez ha sido declarado campeón de España.

La Sociedad Gimnástica Española, que incesantemente se preocupa por el progreso de la



MADRID. UN ASALTO DEL «MATCH» DE ESGRIMA HISPANO-PORTUGUÉS, CELEBRADO EN EL RETIRO Fot. Goñi

afición á los deportes organizando concursos interesantes, ha celebrado el campeonato de carreras á pie, en que como en la Copa Rodríguez Arsuaga, disputada la semana anterior, venció el corredor Tovar, de la misma Sociedad organizadora. Tovar tenía el número 7 de inscripción, y con él compartieron los premios, consistentes en medallas de oro, los corredores: núm. 21, Isidro Aguilar; 22, Martín Madrid; 6, Emilio Alzamora, y 4, Félix Fernández, todos ellos de la Sociedad Gimnástica Española, organizadora del campeonato.

La carrera despertó no poca curiosidad, y prestó animación extraordinaria al paseo de la Castellana, y en especial á la plaza de Colón, punto elegido para la salida de los corredores.

Días consagrados al deporte en distintas manifestaciones han sido los últimos de la semana anterior, en los cuales hubo, además de las fiestas á que acabamos de referirnos, un *match* á espada, entre un equipo portugués y otro español, que resultó triunfante. Los asaltos se verificaron en el Retiro ante numeroso público y en ellos hicieron gala nuestros vencedores compatriotas Sres. Lanchó, Jiménez, Giralt y Aguinaga, de su dominio de la esgrima.



MADRID. SESIÓN SOLEMNE EN LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA, PARA DAR POSESIÓN DEL CARGO AL NUEVO ACADEMICO DR. FERNÁNDEZ CHACÓN (X)

Fot. Cifuentes

MISCELÁNEA DE ACTUALIDADES

La Real Academia de Medicina ha recibido solemnemente, como era lógico tratándose de tan sabio catedrático, al Dr. Fernández Chacón, que ha entrado a formar parte de aquel alto cuerpo.

El ilustre tocólogo leyó su discurso, que fué notabilísimo, pues en él puso de manifiesto lo mucho que sabe y su autoridad indiscutible é indiscutida en la especialidad á que se dedica.

Le contestó el decano de la Facultad de Medicina y presidente de la Academia D. Julián Calleja, que trazó una semblanza del Dr. Fernández Chacón, y comentó su discurso.

Los compañeros y alumnos del nuevo académico le obsequiaron en el mismo día de la recepción con un ban-



LISBOA. LA FUERZA PÚBLICA EN EL LARGO DE SANTO DOMINGO INTERCEPTANDO EL PASO AL PUEBLO EL SANGRIENTO DÍA DE LAS ELECCIONES

Fot. Benoliel

quete, en el cual le tributaron manifestaciones de sincero afecto y de respeto cariñoso.

Los sangrientos sucesos de Lisboa, ocurridos con motivo de la lucha electoral, han sido ampliamente reseñados por los periódicos diarios. A ellos se refiere uno de los grabados que insertamos en la presente página, reproducción de una instantánea tomada momentos antes del encuentro que causó tantas víctimas.

Un banquete que, como de gente joven, estuvo animadísimo, fué el que dieron los socios del Madrid F. C. á sus amigos y colegas los del Gimnasio de Vigo, con los cuales jugaron el campeonato de foot-ball, como en otro lugar de este mismo número decimos.



MADRID. BANQUETE EN HONOR DEL NUEVO ACADEMICO DR. FERNÁNDEZ CHACÓN (X)

Fot. Goni



MADRID. BANQUETE CON QUE EL MADRID F. C. OBSEQUIÓ AL GIMNASIO DE VIGO

Fot. Cifuentes



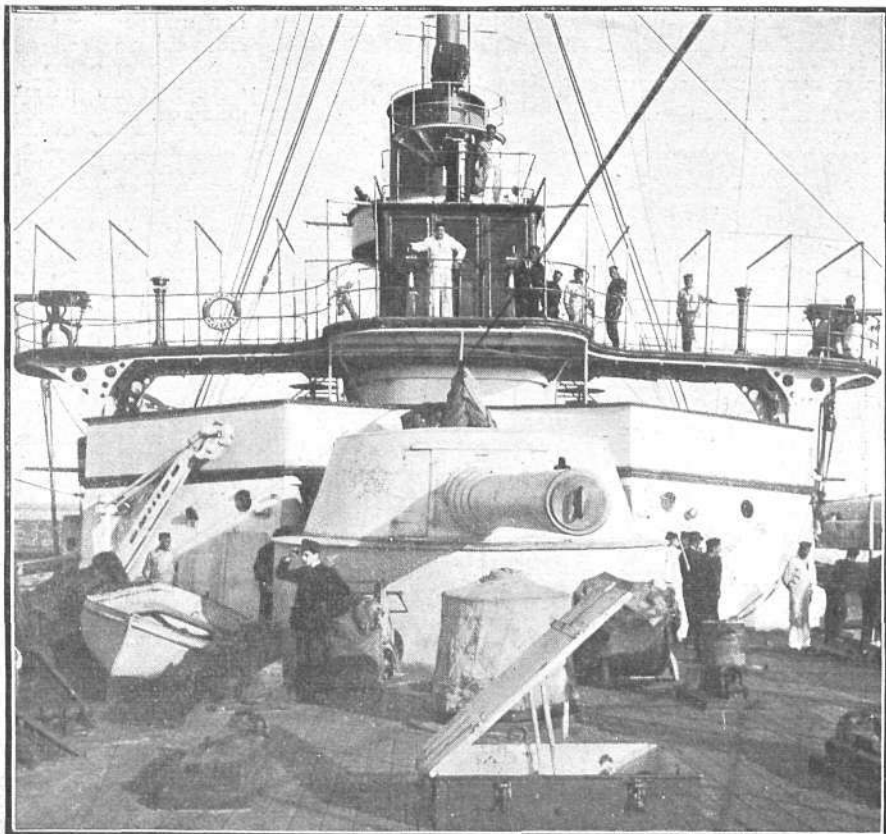
MADRID. EL CORONEL SANTA COLOMA (1) Y EL GENERAL ARRÚE (2), EN EL BANQUETE CELEBRADO EN HONOR DE ESTE ÚLTIMO, CON MOTIVO DE SU ASCENSO Fot. Cluente

EN HONOR DE UN GENERAL

EL CRUCERO «CATALUÑA»

Para manifestar su simpatía y afecto al nuevo general D. Francisco Martín Arrúe, honra de nuestro Ejército, y para festejar su reciente ascenso al Generalato, obsequiáronle el sábado gran número de compañeros de armas, amigos y admiradores, con un exquisito banquete. Durante la fiesta, en la cual hubo ininterrumpidas animación y confraternidad, se brindó, como era lógico, figurando entre los que hicieron uso de la palabra el ex ministro Sr. Canalejas.

Encuéntrese en el puerto de Barcelona, primero que visita á su salida del arsenal, el nuevo crucero acorazado *Cataluña*, hermoso buque cuyo casco es del mismo tipo que los del *Princesa de Asturias* y el *Cardenal Cisneros*. Las máquinas del *Cataluña* desarrollan una fuerza de 15.000 caballos, é imprimen al barco un andar de 18 millas por hora. De los primeros servicios del nuevo crucero será su viaje á Palma de Mallorca para recoger los restos del rey D. Jaime en *Conquistador*.



BARCELONA. TORRE DE PROA Y PUENTE DEL CRUCERO «CATALUÑA»



TIPO DE OFICIALES DEL CRUCERO «CATALUÑA»

Fots Ballell.



MISS IVY LILIAN CLOSE, CONCURRENTE ELEGIDA POR INGLATERRA
Fot. Daily Mirror



MISS VIOLET HOOD, CONCURRENTE ELEGIDA POR EL CANADÁ



MISS MARGARITA FREY, CONCURRENTE ELEGIDA POR LOS ESTADOS UNIDOS



SRTA. PETRA HERCE, CONCURRENTE ELEGIDA POR ESPAÑA

Fot. Muro.

CONCURSO INTERNACIONAL DE BELLEZA

El importante periódico yanqui *Chicago Sunday Tribune* ha conseguido promover el mejor Concurso de Belleza internacional de cuantos se han intentado hasta la fecha. Organizó primero un plebiscito en los Estados Unidos para elegir la belleza tipo de aquel país, y cuando ya los votos de Norte América hubieron designado como la mujer más bella del territorio de la Unión á miss Margarita Frey, lanzó el periódico un cartel de desafío y las bases del Concurso. «Esta es nuestra belleza, dijo; á ver si en alguna nación del mundo existe otra mujer

que sea más bella.» En muchas naciones fué recogido el reto. En España correspondió este honor á nuestro queridísimo colega *Blanco y Negro*, que ha dado cima á su empresa con la proclamación de la señorita Petra Herce, de Logroño, elegida por voto unánime de sus lectores.

Publicamos en esta plana, con los retratos de las dos mencionadas bellezas, los de las elegidas en los Concursos realizados, con el mismo fin que el de *Blanco y Negro*, en el Canadá y en Inglaterra por el periódico *Daily Mirror*, de Londres.



LA PRINCESA DAGMAR DE DINAMARCA
FUTURA ESPOSA DEL HIJO TERCERO DEL KAISER
Fot. Chusseau Flaviens



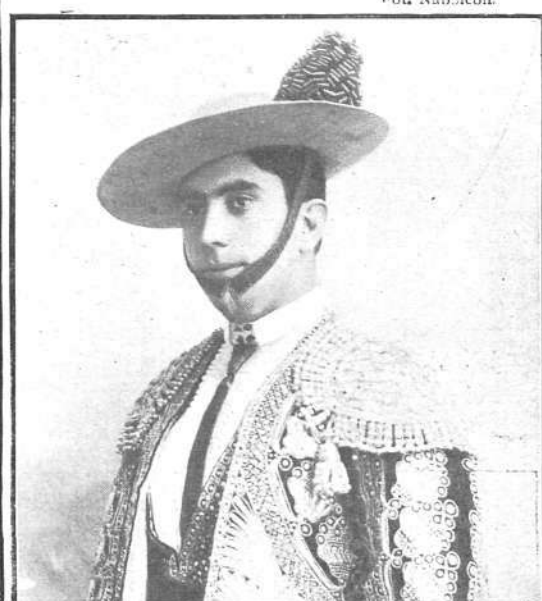
SANTANDER. UN DRAMA DE FAMILIA. D. JOSÉ GIJÓN Y SU ESPOSA,
Á LA QUE MATÓ, SUICIDÁNDOSE LUEGO



EL NUEVO VICARIO APOSTÓLICO DE MARRUECOS
FR. FRANCISCO M. CERVERA
Fot. Nancicón.



IZZET PACHÁ, EX MINISTRO DE TURQUÍA EN MADRID
ACTUALMENTE PRESO EN CONSTANTINOPLA
Fot. Franzen.



EL PICADOR JOSÉ GRANADOS «VENENO»
HERIDO POR UN TORO EL DOMINGO ÚLTIMO
Fot. Méndez.

VARIOS ASUNTOS

Lo numeroso de los asuntos á que se refieren los grabados contenidos en esta página nos impide dar referencia detallada de todos ellos. Son los retratos de la princesa Dagmar de Dinamarca, prometida del tercer hijo del Kaiser, de la cual se ha hablado mucho estos días con motivo de su actitud de resistencia á la tradicional costumbre alemana según la cual, durante la comida de boda, un amigo íntimo del novio debe quitar á la desposada una de las ligas que lleve puestas; del matrimonio protagonista de una tragedia de celos infundados en Santander, el matrimonio Gijón, recién casados que acababan de llegar de su viaje de boda á París, y después de no pocas escenas violentas, motivadas por la irascibilidad del esposo, terminó el drama á tiros, matando él á su mujer y disparándose luego un pistoletazo en la cabeza: del ex ministro de Turquía en Madrid,



BARCELONA. MARÍA QUERALTÓ, MADRE DE LOS HERMANOS RULL, CONDENADA Á MUERTE EN EL PROCESO
DEL TERRORISMO
Fot. B. Iell.

diplomático distinguido que ha permanecido entre nosotros ocho años representando á su país, y ha sido reducido á prisión, sin que se sepa exactamente por qué motivo, al regresar á su patria; del picador *Veneno*, herido en la corrida de toros del domingo último; de la madre de los terroristas Rull, condenada á muerte, como ellos, por la Audiencia de Barcelona; del nuevo vicario apostólico de Marruecos; y sendas instantáneas del entierro de D. Eleuterio Delgado, que se verificó ayer en esta corte, y fué una expresiva manifestación del duelo que ha producido la muerte de tan ilustre hacendista y de las generales simpatías que sus dotes de inteligencia y caballerosidad le habían captado; y por último, una instantánea del aspecto exterior de una de las principales iglesias de la corte durante la festividad del Domingo de Ramos.



MADRID. ENTIERRO DEL EX MINISTRO D. ELEUTERIO DELGADO



MADRID. EL DOMINGO DE RAMOS. Á LA PUERTA DE SAN JOSÉ
Fot. Goñi.



A los clamores de Olimpia respondió con un ronco grito, y, desenvainando su espada se lanzó hacia los cuatro bandidos.

LA MUERTA EN VIDA

SEGUNDA PARTE

Continuación.

XI

Era evidente que Olimpia había experimentado una reacción. Súbito decaimiento, postración absoluta, reemplazaban la energía ficticia que hasta allí había manifestado la joven.

—Ralph tiene fuerzas bastantes para soportar el peso de dos personas—dijo entonces nuestro héroe.—Si lo permitís, montaré á la grupa y os sostendré en mis brazos.

La señora de Chavigny hizo con la cabeza un signo afirmativo.

El marqués saltó á la grupa del caballo, que tomó inmediatamente un galope impetuoso, sin que, al parecer, sintiera el peso de su doble carga.

Tan pronto como el marqués y Olimpia desaparecieron á lo lejos, una escena cómica, curiosísima, tuvo lugar en aquel sitio.

Entreabrióse un espeso matorral, y Lázaro salió poco á poco, apartando las zarzas con grandes precauciones para no desgarrarse la cara y las manos con las espinas.

El digno lacayo, que ocultaba su librea bajo un gran casacón, tenía el semblante risueño y alegre como unas pascuas.

En cuanto salió de su escondite, se metió los dedos en la boca y dió un silbido penetrante. En el mismo instante, los dos pretendidos muertos que yacían sobre el césped abrieron los ojos, agitaron los brazos, incorporáronse riendo á carcajadas, y de un brinco recobraron la posición vertical.

Al propio tiempo, los otros dos espadachines que habían huído, abandonaron la espesura del bosque en que se habían refugiado y se aproximaron al grupo que formaban Lázaro y las víctimas de la refriega.

—¿Qué tal, mi amo?—preguntó el bandido parlanchín;—¿estáis contento de nosotros?

—Contentísimo—repuso Lázaro.

—¿Hemos representado bien nuestra tragicomedia?

—A las mil maravillas.

—¿De modo que hemos ganado lealmente los veinte luises que aún nos faltan?

—Helos aquí; y, como prueba de mi gran satisfacción, añado otros ocho luises. Dos para cada uno.

—Sois generoso; da gusto trabajar por cuenta vuestra.

—Ahora, amigos míos, nada tenéis que hacer aquí. Tomad las de Villadiego cuanto antes y no olvidéis que una indiscreción puede costaros la vida.

—Perded cuidado, somos prudentes. Si algún día necesitáis de nuestros servicios, ya sabéis dónde encontrarnos. No lo olvidéis.

—Corriente.

Los cuatro hombres echaron á andar á largos pasos hacia la taberna, donde se proponían tomar un refrigerio antes de volver á Mauriac.

Entretanto, Lázaro se dirigió lentamente, como un hombre que tiene la conciencia tranquila, al palacio de Rahon, haciéndose lisonjeras ilusiones é imaginando ser ya mayordomo de un amo millonario.

Un sexto personaje había asistido, oculto tras de otro matorral, á las diversas escenas que acabamos de referir. Ese personaje era Lactancio.

Volvamos ahora al marqués y á la hermosa Olimpia.

El galope enérgico y agitado de Ralph consiguió disipar en pocos minutos la completa postración de la joven.

Parecióle en un principio que despertaba de un sueño; pero no tardó en volver al sentimiento de la realidad al notar que el brazo izquierdo del joven la rodeaba el talle y que su aliento rozaba su cuello y agitaba los desordenados bucles de su cabellera.

Aquella doble sensación le pareció deliciosa; la hubiera dejado prolongarse indefinidamente; pero Saint-Maixent notó que la marquesa se repenía, y con acento tierno y conmovido le preguntó:

—¿Os encontráis mejor, no es verdad, querida Olimpia? ¿Vais recobrando el conocimiento y las fuerzas?

La señora de Chavigny volvió hacia el marqués su rostro, que denotaba una dulce languidez.

—Perdonadme, amigo mío—balbució.



—¿Perdonaros?—repitió el caballero sorprendido;—no os comprendo. ¿Qué tengo yo que perdonaros?

—Hace poco—repuso Olimpia,—cuando estábamos en *El fin del mundo*, en el borde del abismo, cuando hablabais de morir conmigo, he dudado de vuestras palabras. Hice mal; por eso os pido perdón. ¡Ah, ahora conozco que decíais la verdad...! Me lo habéis demostrado exponiéndos a recibir la muerte por mí.

—No me hagáis un mérito de haberos defendido—dijo el marqués con viveza.—En lo sucesivo, sólo puede haber una felicidad para mí en este mundo...

—¿Cuál?

—La de vivir y morir por vos...! ¡Olimpia, os pertenezco...! Tenéis en vuestras manos mi existencia... Fuera de vos, nada hay para mí. Lejos de vos, el mundo está desierto... Mi única luz son vuestros ojos... Cuando os veo me parece que brilla el sol... Cuando no estáis a mi lado no encuentro mas que tinieblas... ¡Olimpia, Olimpia, sois mi vida!

—¿Conque me amáis...? ¿Me amáis de veras...?—murmuró la joven con voz apagada, mientras que un leve temblor agitaba su cuerpo.

—Que si os amo...! ¡Ah, hace tiempo que lo sabéis! ¡Oh, decidme que lo sabéis...!

Olimpia calló. Aquel silencio era elocuente. Saint-Maixent, acercando sus labios al oído de la joven, dijo con voz muy baja y conmovida, pero vibrante:

—¿Y vos, Olimpia, me amáis?

—¿Amaros? No debo...

—¿Por qué? ¿Quizá porque vive aún ese anciano que, para coronar sus villanas injurias, ha querido robaros hoy...? Si ese miserable es un obstáculo entre nosotros, decidme... haced una indicación, y mañana habrá desaparecido el obstáculo...

—¡Ah!—exclamó la joven llena de terror.—¿Le mataríais...?

—Sin vacilar.

—¿Un crimen!

—No; ¡lo que es un crimen es el separaros de mí! Tal vez caería mi cabeza; pero ¿qué importa? Moriría contento y orgulloso si á ese precio pudiera comprar vuestro amor.

—Pues bien, no penséis en morir—balbució la marquesa cerrando los ojos,—estoy vencida... Vivid... vivid... os amo...

—¡Por fin!—se dijo Saint-Maixent, en cuyos ojos brilló un relámpago de triunfo, apoyando sus ardientes labios en la frente de la joven.

Era imposible dejar de referir en el palacio los acontecimientos de aquel paseo tan fecundo en peligros.

Una porción de criados marcharon al bosque con orden de traer al pobre Germán, ver si estaban muertos el caballo y la yegua *Nina*, y enterrar, sin más preámbulos, los cadáveres de los dos espadachines.

Era ya muy de noche cuando volvieron, trayendo consigo á su compañero. La yegua y el caballo parecían un poco débiles, pero estaban fuera de peligro.

En cuanto á los cadáveres de los espadachines, no habían podido hallarlos; sin duda los otros bandidos se habían apresurado á hacerlos desaparecer, por motivos muy prudentes.

Saint-Maixent, que sabía muy bien lo que había sucedido, fingió, sin embargo, un vivo asombro.

La señora de Chavigny, acometida por un violento ataque de fiebre, justificado por las diversas sensaciones que había experimentado en pocas horas, se retiró en cuanto acabó la cena.

El marqués, por su parte, se disponía á entrar en su cuarto, cuando un criado vino á decirle que Lactancio, el mayordomo, solicitaba el honor de ser recibido inmediatamente, pues tenía que hablarle de un asunto de la mayor importancia.

—¿Qué diablos querrá?—se dijo Saint-Maixent, á la par que daba orden de que le introdujeran.

Lactancio entró.

A la luz de las bujías colocadas sobre la chimenea, el digno mayordomo del conde de Rahon parecía más pálido, más largo y más flaco que de costumbre. Apenas asomó por la puerta, se inclinó profundamente repetidas veces.

—¿Tenéis que hablarme, Lactancio?—le preguntó el marqués.—¿Qué deseáis de mí?

—El señor marqués me honra infinitamente más de lo que yo merezco al dignarse oírme—repuso Lactancio.—Abusaré, sin embargo, muy poco de su precioso tiempo, con tanto mayor motivo cuanto que, habiendo sido hoy día de grandes emociones, el señor marqués tendrá necesidad de reposo.

—Decís bien, Lactancio. Por consiguiente, abordad el asunto sin más rodeos.

—Así lo haré... si me permite antes el señor marqués que me asegure de que todas las puertas y ventanas están bien cerradas y de que nadie puede oírnos.

Y, sin aguardar la venia que solicitaba, el mayordomo paso por todos los rincones una minuciosa inspección.

—¡Holá! ¡holá!—exclamó nuestro héroe;—¿tan misterioso es el asunto de que me vais á hablar?

—En extremo misterioso; dentro de un instante espero que el señor marqués me agradecerá estas precauciones.

XIII

El marqués de Saint-Maixent sonreía al ver las maniobras del mayordomo, preguntándose lo que podían ocultar aquellas insólitas precauciones.

Terminada su ronda, maese Lactancio fué á colocarse delante de nuestro héroe en actitud respetuosa, y empezó la conversación en estos términos:

—Me permito suponer que el señor marqués, como pariente del señor conde de Rahon, mi amo, y como representante en su ausencia de su ilimitada autoridad, juzgará tal vez oportuno dar aviso á la justicia para que se

abra información sobre la tentativa de rapto de que ha estado á punto de ser víctima la señora marquesa de Auvray de Chavigny.

Lactancio se interrumpió.

—¿Qué os importa?—exclamó Saint-Maixent con altivez.—Páreceme que en ese asunto soy dueño de adoptar la conducta que estime conveniente.

Lactancio pareció asombrarse; su disforme cabeza se hundió materialmente entre sus hombros.

—Suplico al señor marqués—balbució—que se persuada de que yo no tendría la osadía de mezclarme directa ó indirectamente en cosas que no me incumben, si no creyese prestar de ese modo un servicio al señor marqués.

—¿Un servicio á mí!—replicó el caballero con indecible sorpresa.

—Seguramente—prosiguió Lactancio;—y si el señor marqués se propone dar parte al lugarteniente civil de los hechos que acaban de suceder, con profunda humildad le aconsejaré que se abstenga de hacerlo.

—¿Y por qué?—preguntó Saint-Maixent, cuyo asombro rayaba en estupor.

—Porque tal vez me hicieran prestar juramento de decir á la justicia todo cuanto sé, y en mi cualidad de hombre honrado y temeroso de Dios, preferiría sufrir antes mil muertes que cometer un perjurio.

—¡Ah! ¿Conque sabéis algo?

—Mucho... mucho... mucho...—murmuró Lactancio.

—¿Relativo al marqués de Chavigny, que intentaba llevar á cabo el rapto de su esposa?

El mayordomo meneó la cabeza.

—El señor de Auvray de Chavigny nada tiene que ver en este asunto—dijo.

—¿Estáis loco, maese Lactancio?

—Creo que no, señor marqués.

—Pues, entonces, ¿cómo negáis un hecho incontestable, puesto que los mismos raptos han declarado á la señora marquesa lo que vos ponéis en duda?

—Esos hombres no hacían más que repetir su lección: obedecían á una consigna.

—¿Y quién ha podido darles esa consigna?

—No lo sé; pero, si el señor marqués se digna ayudarme, creo que lo descubriremos.

—¿Ayudaros! ¿Puedo yo hacerlo?

—¡Oh, señor marqués, muy fácilmente!

—¿Cómo?

—Consintiendo en que llame ahora mismo al lacayo del señor marqués, Lázaro, é interrogándole delante de mí.

—No tengo motivo alguno para negaros lo que me pedís; pero necesitaria saber sobre qué asunto he de interrogar á mi lacayo.

—El señor marqués no tiene más que preguntarle por cuenta de quién pagaba no hace mucho á los cuatro espadachines en cuanto el señor marqués se alejó del lugar de la catástrofe con la señora de Chavigny, después de haber sostenido contra aquellos malvados una lucha heroica.

Saint-Maixent se quedó atónito durante algunos segundos.

Era evidente que Lactancio tenía motivos para asegurar que sabía muchas cosas.

No obstante, respondió con voz firme:

—Os escucho, pero sin comprenderos: ó habéis soñado lo que me decís, ó los que os han informado os engañan miserablemente.

—Señor marqués, no es fácil soñar despierto; además, nadie me ha informado—murmuró Lactancio con redoblada humildad.—Yo soy por naturaleza algo observador, y me gusta darme cuenta de lo que me parece obscuro. Las idas y venidas de Lázaro desde hace tres días me daban mucho que pensar y me han hecho concebir vagas sospechas. He seguido de lejos y discretamente al señor marqués y á la señora de Chavigny durante su paseo al *Fin del mundo*. Encontrábame en el claro del bosque cuando la yegua de la señora marquesa cayó súbitamente (¡pobre *Nina*! la droga que le echaron en el pienso puede costarle cara); vi á *Ralph* escaparse y al señor marqués ir á buscarle; á los cuatro bribones rodear á la señora Olimpia, y, por último, al señor marqués arrojarle valerosamente sobre ellos.

—¿Y no habéis acudido en mi auxilio!—exclamó Saint-Maixent.

Lactancio movió la cabeza con aire de profunda humildad, bajo el cual se echaba de ver cierta dosis de ironía.

—Imploro el perdón del señor marqués—replicó;—soy algo cobarde, y además conocí desde el primer momento que el señor marqués no me necesitaba para defenderse. Ya se ve, ¡es tan valiente el señor marqués!, y, puesto que es preciso decirlo todo—añadió el mayordomo en voz muy baja,—los cuatro matones hacían prodigios de destreza por respetar la preciosa vida del señor marqués; conducta digna del mayor elogio y que los realza grandemente á mis ojos.

No había duda posible. El mayordomo sabía todos los pormenores de la intriga que el marqués creía ignorada de todo el mundo. Nuestro héroe se encontraba ante un bribón empeñado en explotar la posesión de aquel secreto.

Al punto tomó su resolución, con tanto mayor desenfado, cuanto que estaba seguro de obtener el desquite.

Entre aquellos dos bribones de diferente categoría, la partida se igualaba.

—¡Diablo, maese Lactancio!—exclamó Saint-Maixent con tono burlón;—sois muy hábil. Si el Rey os encargase la Policía de la provincia, no hay duda que estaría bien desempeñada. Recibid mis sinceros elogios; bien lo merecéis.

—El señor marqués me confunde!—balbució el mayordomo, desconcertado por aquellos plácemes irónicos.

—Mucho habéis visto, en efcto, mucho habéis observado, mucho habéis adivinado—prosiguió Saint-Maixent.—Pero, decidme, ¿quién pretendéis deducir de todo eso?

—Nada absolutamente, señor marqués.

—¿Cómo! ¿tanto trabajo perdido?

—¡Oh! no por cierto; mis conclusiones quedan sólo aplazadas, pero las formularé.

—¿Cuándo?

—Cuando el señor marqués tenga á bien tomarse la molestia de interrogar á Lázaro y preguntarle el nombre de la persona por cuenta de la cual pagaba á los bandidos.

—Juguemos á cartas vistas. Si ahora os dijese: esa persona soy yo, ¿qué deduciríais?

—Deduciría que el señor marqués, perdidamente enamorado de los hermosos ojos y linda cara de la señora de Chavigny, ha querido crearse derechos á su gratitud fingiendo salvarla de un gran peligro.

—Muy bien deducido, maese Lactancio. Y en ese caso, ¿qué haríais?

—Esa pregunta, señor marqués, me pone en grande aprieto.

—A pesar de todo, es preciso que contestéis.

—Pues bien; me parece que mi deber de hombre honrado, temeroso de Dios, y de servidor fiel, me prescribe dar parte inmediatamente á mi amo el conde de Rahon de la intriga que se urde en su casa; y ese deber lo cumpliría, á menos que...

Lactancio vaciló y se detuvo, sin duda para buscar las palabras convenientes; pero el marqués no le dió tiempo para acabar su frase, y soltando una gran carcajada, dijo:

—A menos que el enamorado galán, comprendiendo con media palabra, os tape los ojos con una venda llena de doblones y os cierre la boca con una mordaza de oro; en cuyo caso, cambiando súbitamente de parecer, cuidaríais de no revelar á nadie vuestras observaciones y añadiríais ese dinero á las 75.000 libras robadas á mi primo, y con las cuales especulan Juan Clement, Jacobo Thibau y Maturino Saulnier, vuestros testafierros, prestando á los pobres campesinos á un interés usurario. Compraría además alguna joya muy bonita para regalársela á Mariquilla, vuestra Dulcinea de Charnottes, y celebraríais el inesperado aumento de caudal con alguna franquicia ofrecida á las huras de vuestro harén en el pabellón del parque, en cuyo alegre festín correrían de mano en mano las añejas botellas de los más exquisitos vinos que guardan las bodegas de mi primo. ¿No es verdad que haríais todo esto, maese Lactancio, honrado mayordomo, servidor escrupuloso, modelo ejemplar de virtud? ¿Os parece que estoy mal informado?

Con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos, las facciones descaídas y más pálido que un cadáver, escuchaba el mayordomo; su estupor no tenía límites.

Aquellos detalles tan precisos y completos, que caían sobre él de golpe y porrazo, le dejaron aturrido y sin valor para formular una negativa.

Sus piernas flaquearon, dejóse caer de rodillas; lívido y tembloroso alargó hacia nuestro héroe sus manos suplicantes y, temblando de miedo, balbució:

—¡Por favor! ¡no me perdáis, señor marqués!

—¡Perderos! —exclamó Saint-Maixent soltando una carcajada.—¿Por qué diablos había yo de perderos? No me pasa por las mientes semejante cosa.

—¡Cómo! ¿De veras, señor marqués?

—¡A fe de quien soy! Levantaos, pues, y no tembléis. Es cierto que robáis á mi primo, pero yo no veo que eso sea un crimen; el conde de Rahon es rico y vos hacéis vuestro oficio de mayordomo; ¿qué cosa más natural? Cuando yo sea millonario (lo cual, tarde ó temprano, ha de suceder), me dejaré robar por mi fiel Lázaro sin decir palabra. Por lo que hace á vuestros devaneos amorosos, ni los critico ni me asombro; sois enamorado por temperamento; ¿qué tiene de particular? Si he hablado de todo eso, ha sido únicamente para demostraros que sería insigne torpeza declararme la guerra, puesto que una palabra mía bastaría para perderos. Adheríos, por el contrario, á mi causa y os saldrá la cuenta mejor de lo que pensáis, pues yo pago generosamente á los que me sirven. Guardad el más profundo secreto, y sed en todo mi espía, mi acólito, un segundo Lázaro, y os empeño mi palabra de honor de que haré vuestra fortuna al propio tiempo que edifique la mía. ¿Estamos?

Lactancio, que se había levantado, se postró de hinojos otra vez; cogió una de las manos de Saint-Maixent, y acercándola á sus labios, á pesar de la resistencia del marqués, balbució:

—¡Ah, señor marqués! ¿cómo podéis preguntármelo? Disponed de mí. Soy vuestro en cuerpo y alma.

XIV

La pregunta del marqués y la contestación del mayordomo constituían, entre aquellos dos bribones, un pacto siniestro que debía producir antes de mucho terribles resultados.

Saint-Maixent acababa de hacerse con un aliado más infame y más perverso aún que Lázaro.

—Sí—repitió el mayordomo con sombrío entusiasmo;—sí, os pertenezco, y sean cualesquiera las órdenes que me deis, os obedeceré. Muy pronto espero probaroslo; desearía que fuese hoy mismo. ¿Qué debo hacer?

—En este momento, absolutamente nada.

—¡Cómo! ¿Habré de ser inútil para el señor marqués, cuando siento los transportes de un celo sin igual? ¡Eso me desconcierta!

—Consolaos—repuso Saint-Maixent sonriendo;—no tardaré mucho en aprovechar ese ardor. Mañana os pediré un servicio.

—¡Bondad divina!—murmuró Lactancio, recobrando su aire de beatitud.

—Aguardadme en el parque á las nueve de la mañana—prosiguió el marqués;—á esa hora me reuniré con vos y me conduciréis á vuestro pabellón; deseo visitarlo.

—¡Ay de mí!—dijo el mayordomo bajando los ojos;—aquella humilde choza es harto indigna de atraer la atención del señor marqués.

—Juzgaré por mí mismo. Cuidado con faltar; cuento con encontraros á las nueve en punto al final del jardín.

—Descuide el señor marqués; no le haré esperar.

Lactancio se retiró, deshaciéndose en saludos y reverencias.

Al día siguiente, mucho antes de la hora señalada, estaba ya el nonrado mayordomo aguardando en el parque.

Saint-Maixent llegó á las nueve en punto, y ambos se dirigieron hacia el pabellón, que se encontraba á un cuarto de legua del palacio.

Lázaro había dicho la pura verdad en los informes que dió á su amo, y que ya conocemos.

Los grandes árboles que rodeaban aquella casita hacían bastante húmedo el terreno sobre que estaba edificada. La lluvia y el viento habían desconchado las paredes exteriores; el tejado estaba cubierto de musgo, y multitud de hierbas crecían en los intersticios de la mampostería.

Las puertas y las ventanas parecían sostenerse en pie por un milagro de equilibrio; pero no sucedía así, pues por la parte interior estaban muy bien aseguradas y eran muy sólidas.

Tres escalones de piedra, separados y hechos pedazos, conducían á la puerta de madera agrietada.

Es de advertir que el pabellón tenía otra puerta que daba al campo.

Armado de una maciza llave, Lactancio subió los escalones, abrió la puerta y se echó á un lado para dejar paso al marqués.

El piso bajo del pabellón se componía de dos habitaciones.

El sensual mayordomo había transformado la una en comedor y la otra en gabinete.

Las paredes estaban revestidas de tapicerías flamencas, que, aunque algo ajadas, tenían muy buen aspecto y se hallaban en armonía con el mobiliario. El conjunto era agradable, casi lujoso; maese Lactancio había demostrado mucho gusto en todos los detalles.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó el marqués;—¿qué me dijisteis anoche? En verdad, amigo mío, sois excesivamente modesto. Esperaba encontrar una humilde choza, y me veo en un palacio en miniatura.

—El señor marqués se burla—murmuró el mayordomo.

—De ningún modo. Todo está muy bien arreglado, teniendo en cuenta los recursos con que contabais; es maravilloso. Este pabellón me hace falta, amigo Lactancio; os ruego que me lo prestéis.

—El señor marqués sabe perfectamente que está á su disposición.

—Es un servicio que os pido—prosiguió Saint-Maixent,—pero que os agradeceré en extremo. ¿Tenéis dos llaves de este paraíso?

—No, señor marqués.

—¿De veras?

—No me permitiría jamás una mentira.

—Tenéis razón—dijo el marqués riendo;—siempre me olvido de que sois de... Pues bien; ya que no hay más que esta llave, vald á hacerme el favor de dármela.

—Aquí está.

—En cuanto deje de necesitarla, os la devolveré.

Saint-Maixent se dirigió hacia el palacio.

..... Dos horas después de su visita al pabellón del parque, nuestro héroe solicitaba de la señora de Chavigny, con el calor de una apasionada elocuencia, una entrevista, una hora siquiera de conversación íntima, durante la cual les rodease el más profundo misterio. Olimpia rehusó en un principio, alegando todos los delicados pudores de una virtud que lucha y quiere resistir á los ímpetus de su corazón; pero aquella resistencia estaba prevista por el marqués, que tenía preparados sus argumentos. Poco trabajo le costó desvanecer los escrúpulos de la joven.

Olimpia cambió entonces de táctica. No pretextaba ya su honor, sino pura y simplemente su reputación. Esto era una concesión inmensa, y las concesiones pierden á las mujeres aun más aprisa que á los Imperios. La señora de Chavigny alegó que no podía sin comprometerse ir á las habitaciones de Saint-Maixent (lo cual era muy cierto) y que tampoco podía recibirle en las suyas, por las que andaban de continuo sus doncellas, y que el cambiar la costumbre y cerrar la puerta de su cuarto, que siempre permanecía abierta, sería dar un escándalo.

El marqués esperaba aquellas objeciones, pero creyó oportuno dar muestras del mayor desconsuelo, tomar la actitud de un hombre desesperado. Un dolor tan profundo afectó hondamente á Olimpia, y como la mujer es por naturaleza compasiva, quiso atenuar algo la herida que acababa de ocasionar.

—No os desconsoléis tanto, amigo mío—dijo con dulce voz;—bien sabéis que os amo. Pronto llegará el día en que, más felices que ahora, podamos vernos lejos del mundo y ocultar nuestro amor á todas las miradas... Pero ya comprendéis, lo mismo que yo, que hoy no es posible. Si, como decís, lo soy todo para vos, debéis tener en mucho mi buena reputación; os causaría profunda pena verme perder el aprecio de las gentes. En la falsa y difícil posición que me ha creado mi odioso matrimonio, necesito el amparo y tutela de mi prima la condesa, que me lo negaría si yo diese el más leve pretexto á la calumnia.

—Es verdad... sí... tenéis razón...—exclamó Saint-Maixent con acento conmovido; me importa tanto vuestro honor como á vos misma. Pero si yo encontrase un medio de poner á salvo vuestra reputación, si las entrevistas que imploro pudieran verificarse sin despertar la más mínima sospecha ni dar pábulo á la calumnia, ¿haríais lo que solicito?

—Sin vacilar—replicó Olimpia, que no creía comprometerse demasiado.

—¡Pues bien, yo buscaré!—prosiguió Saint-Maixent con vehemencia.—He de encontrar, á fe de caballero, pues nada hay imposible para una voluntad como la mía, animada por mi amor inmenso.

El lector sabe perfectamente que nuestro héroe lo había encontrado ya. Si representaba aquella nueva farsa era con objeto de conseguir de Olimpia un compromiso formal, lo que, según hemos visto, le salió á medida de sus deseos.

Durante toda la mañana del día siguiente el marqués estuvo fuera del castillo, y cuando, de vuelta de su excursión, se halló á presencia de la bella Olimpia, su rostro brillaba de júbilo.

—¡He hallado lo que deseaba!—fué su primera frase, y como Olimpia le pidiese explicaciones, le habló del pabellón perdido en el parque, y sometió á su aprobación un plan diestramente combinado, capaz de tranquilizar los escrúpulos de la más cautelosa prudencia.

Todos los días, después de almorzar, Saint-Maixent montaría á caballo y se alejaría aparentemente en dirección al bosque.

Después de dar un rodeo, ocultaría su caballo en alguna granja ó entre

los matorrales, y llegaría al pabellón por la puerta exterior, dejando entornada la que daba al parque. Olimpia, á su vez, saldría á pasearse por el jardín, segura de no ser seguida ni espiada, puesto que todo el mundo la creería sola. Poco á poco se iría aproximando al pabellón, sin que nadie la viera entrar.

Saint-Maixent terminó con estas palabras:

—Ya lo veis, todo esto está previsto; nada tenéis que temer ni del mundo ni de mí, puesto que el mundo nada sabrá y mi honor garantiza la conservación del vuestro. Si vaciláis, quedaré convencido de que no me tenéis ni amor, ni siquiera aprecio, en cuyo caso sólo me restaría morir... ¿Queréis mi muerte?

—No—balbució la joven con los ojos bajos y ruborizándose;—he prometido... cumpliré mi promesa.

XV

La hermosa Olimpia cumplió, en efecto, su promesa. Desde el día siguiente la joven fué todos los días á reunirse con Saint-Maixent en el pabellón. Las medidas de los dos amantes estaban tan bien tomadas, que nadie en el castillo sospechó aquella misteriosa intriga.

Dos semanas después de la primera entrevista, Saint-Maixent, pretextando que su honor lo exigía, entregó á su amante un escrito concebido en estos términos:

«Juro, por mi honor de caballero y por la salvación de mi alma, tomar por esposa á la marquesa Olimpia de Auvray de Chavigny cuando la Divina Providencia, que tiene en su mano la vida de los hombres, ponga término á la del marqués de Chavigny.»

Seguían la fecha y la firma.

Olimpia, viendo en aquel solemne compromiso, libremente otorgado, una inmensa prueba de amor, no quiso ser menos que su amante, y se apresuró á redactar la siguiente declaración:

«Juro ante Dios no tener más esposo, cuando por voluntad del cielo me quede viuda, que el marqués Luis Sigismundo, señor de Saint-Maixent.

»Firmado.

»MARQUESA DE AUVRAY DE CHAVIGNY.»

A partir de aquel momento, el marqués y la señora de Chavigny consideraron su matrimonio como seguro en un porvenir no muy lejano.

Saint-Maixent se manifestó tal como en realidad era, y tal como debía ser para exaltar hasta el delirio la pasión de Olimpia. Dejó entrever su insaciable afán de lujo, de esplendor y de placeres; la señora de Chavigny comprendió que su amante realizaría sus ensueños.

Mas para darse esa vida, para ser los astros refulgentes de París, para reunir la aristocracia de Francia en los salones de un palacio y en el parque de un palacio casi regio; para luchar en magnificencia con la corte misma y vencer á todo el mundo desplegando un fausto deslumbrador, la fortuna de la marquesa, por grande que fuese, no podía bastar, y sus dos millones se evaporarían como el humo.

Saint-Maixent supo hacer de modo que la hermosa Olimpia formulase por sí misma esta desconsoladora reflexión.

Le respondió que no debía olvidar la inmensa herencia de los condes de Rahon, que recaería infaliblemente en ella en su cualidad de parienta única.

La marquesa movió la cabeza.

—¿Por ventura teméis, querida mía, que el conde y la condesa os deshereden?—preguntó el marqués vivamente.

—No supongo tal cosa—respondió la joven—y estoy muy convencida de que ni siquiera se les ha ocurrido; pero no olvidéis que mi prima tiene apenas treinta años, y que el conde, aunque de más edad que su mujer, es joven aún. Uno y otro pueden y deben vivir mucho tiempo... quizá tanto como yo. Por lo tanto, es una locura contar con su herencia.

Saint-Maixent movió á su vez la cabeza.

—No lo creáis—dijo;—el conde es de complexión débil y de no muy buena salud, morirá joven; y en cuanto á la condesa, ¡quién sabe! A veces, cuantas más probabilidades se tienen de vida, tanto más pronto se rinde tributo á la inflexible Parca.

—Olv idáis—prosiguió Olimpia—que mi prima puede ser madre, y entonces, ¡adiós herencia!

El marqués se echó á reír á carcajadas.

—¿Si no hay en contra nuestra otro riesgo—exclamó,—perded toda inquietud! En punto á milagros, tengo costumbre de no dar crédito más que á los que Nuestra Santa Madre la Iglesia nos manda creer, y aun esos...

—¿Por qué habláis de milagros?

—Porque la señora de Rahon, casada desde hace catorce años sin haber tenido hijos en tanto tiempo, no los tendrá jamás, á menos de verificarse un prodigio nunca visto, y precisamente ese prodigio es el que declaro yo imposible.

—¡Dios lo quiera!—murmuró la bella Olimpia;—pues si esa fortuna llegara, por desgracia, á escapársenos, seríamos muy dignos de compasión. Ninguno de nuestros dorados sueños podría realizarse con mis dos tristes millones.

En tanto, transcurrían semanas y semanas; había pasado con exceso la época fijada para la vuelta de los condes.

Annibal había escrito dos ó tres veces al marqués.

Decíale que la solución del asunto ofrecía graves dificultades, y que para vencerlas era preciso más tiempo y más trabajo de lo que en un principio había creído. Esto podía muy bien ser verdad; pero las cartas del conde tenían un no sé qué de reservado y misterioso que causaba no poca sorpresa é inquietud á Saint-Maixent.

—Es indudable que ocurre algo extraordinario. Esta estancia tan larga en París debe tener otra causa que la indicada por el conde. De seguro se prepara algún grave acontecimiento. ¿Será en pro ó en contra mía? ¿Cómo encontrar la clave de este problema?

El marqués se repetía sin cesar estas preguntas, á las cuales, naturalmente, no podía responder. Pero al cabo se aclaró el enigma de una manera tan repentina como inesperada.

Dos meses y medio después de la marcha del conde y de su esposa se hallaban Saint-Maixent y Olimpia cenando solos, como de costumbre. Ambos estaban preocupados y como poseídos de un extraño presentimiento.

De repente se oyó un gran estrépito que hizo estremecerse á los dos comensales. Llamaban á la verja del castillo. El violento repiqueteo de la campana parecía anunciar una visita impaciente ó de gran importancia.

¿Quién podía ser?

Saint-Maixent sintió correr un frío glacial por todo su cuerpo al acordarse de que se hallaba aún sometido á la acción de la justicia y á las persecuciones del lugarteniente civil de la Auvernia. El rey no había otorgado todavía las patentes de indulto, y el marqués podía temer cualquier cosa, sobre todo en ausencia del conde de Rahon. Quizá, en aquel momento, una brigada de soldados se preparaba á invadir el castillo.

Mientras se sucedían en el ánimo de Saint-Maixent estas reflexiones de mal agüero, la campana de la verja lanzaba repetidas y sonoras vibraciones.

—¿Qué será?—murmuró Olimpia sobresaltada.

—El marqués, disimulando del mejor modo posible su turbación, á causa de los dos criados que servían la mesa, se levantó y se aproximó á una de las ventanas, desde donde divisó en medio de la obscuridad una luz que se dirigía hacia la verja, y un instante después resonó en la plaza á que daba frente el palacio el furioso galope de un caballo.

Transcurridos algunos segundos, se elevó un alegre clamoreo formado por las voces de los criados. Saint-Maixent cesó de temer por su libertad, pero se avivó su deseo de enterarse de lo que pasaba.

—Lorenzo—dijo á uno de los criados,—id á la cocina y enteraos de lo que sucede.

Lorenzo se dirigió hacia la puerta y la abrió, pero no pudo cumplir la segunda parte de su cometido. Toda la gente de la casa, formando un grupo compacto y bullicioso, invadió la galería y entró como un torbellino en el comedor.

A la cabeza del grupo aparecía un correo vestido con la librea de Rahon, con botas de montar, grandes espuelas, cubierto de polvo y salpicado de lodo, pero con un semblante más orgulloso y un porte más satisfecho que un general después de una victoria.

Aquel hombre tenía en la mano izquierda su látigo y su sombrero, y con la derecha agitaba una carta cerrada y sellada con lacre rojo.

—¡Buena noticia, señor marqués! ¡gran noticia!—gritó el correo al entrar en el comedor, sin cuidarse de la etiqueta.

Saint-Maixent frunció el entrecejo y su rostro tomó una expresión colérica.

—¿Qué significa esto?—preguntó con aspereza.—¿Desde cuándo os permitís entrar sin ser llamados y ensordecer á la señora marquesa con ese griterío? ¡Ea, fuera de aquí, tunantes! ¡Fuera de aquí todos! Salid; yo os lo mando: que no se quede nadie más que el correo.

Lacayos y camareras, y hasta el mismo Lactancio, mudos, confusos y con la cabeza baja, empezaron á retroceder. Pero, con no poco asombro de Saint-Maixent, el correo los detuvo con un gesto.

—El señor marqués tendrá á bien dispensarme—dijo;—pero el señor conde de Rahon, mi amo, ha dispuesto que toda la gente de su casa asista á la lectura de la misiva de que soy portador.

A esto nada se podía replicar. Annibal, ausente y todo, era el verdadero y único amo del castillo, y cuando ordenaba una cosa no había más remedio que obedecer.

—Puesto que mi primo lo desea, que se queden—replicó Saint-Maixent con forzada sonrisa.

—¡Viva el señor conde! ¡Viva la señora condesa! ¡Vivan nuestros amos!—gritó la turba entusiasmada.

—Dadme, pues, esa carta—prosiguió el marqués dirigiéndose al correo.

XVI

El correo presentó la carta al marqués.

Saint-Maixent rompió el sobre y recorrió con la vista la misiva, sin que se notase en sus facciones la menor alteración. Por último, leyó en alta voz la siguiente epístola:

«Mi querido primo:

»Tiempo es ya de participaros la inmensa dicha que el cielo me envía, y deseo que toda la gente del castillo, todos esos buenos servidores que de padres á hijos visten la librea de mi casa, sepan á la par que vos la buena nueva.

»Preparaos á recibir una gran sorpresa y una alegría mayor aún, primo mio, pues por mi parte no dudo de vuestro afecto, así como vos no debéis dudar del mío. El milagro que yo solicitaba del cielo, aunque sin esperanza de conseguirlo, acaba de realizarse. La condesa, después de catorce años de unión estéril, va á darme un heredero, y ese heredero será de seguro un hijo, pues la Divina Providencia, que me favorece con el mayor de los dones, no pondrá límites á la protección que se digne otorgar de un modo tan visible á mi familia, no dejará que se extinga una ilustre raza de valientes caballeros y sinceros cristianos, sino que me dará un hijo varón en quien se perpetúen las creencias y virtudes de mis antepasados...»

Al llegar aquí fué interrumpida la lectura de la carta por un verdadero alboroto. Los criados, que en su mayor parte eran sinceramente adictos á sus amos, dieron libre curso á los ruidosos transportes de su alegría, lanzando mil aclamaciones.

Oponerse á aquellas manifestaciones entusiastas hubiera sido impolítico; Saint-Maixent las dejó producirse durante algunos segundos, y después, imponiendo silencio con un gesto imperioso, prosiguió su lectura en estos términos: